

CAPÍTULO 28

¿Qué comían los ashkenazim pobres en Jerusalem en los años cuarenta? En casa comíamos pan negro con cebolla y aceitunas y, a veces, con pasta de anchoas; comíamos pescado ahumado y salado procedente de las profundidades de las olorosas cajas que había en un rincón de la tienda del señor Auster; muy de vez en cuando, comíamos sardinas, que se consideraban un manjar. Comíamos pepinos, calabazas y berenjenas estofadas, berenjenas fritas o ensalada de berenjenas con aceite, ajo y cebolla picada.

Por las mañanas había pan negro con mermelada, y a veces pan negro con queso (cuando llegué a París por primera vez, directamente desde el kibutz Hulda, en 1969, les dije a mis asombrados anfitriones que en Israel había sólo dos tipos de queso: queso fresco y queso curado). Por las mañanas me solían dar una papilla de avena Quaker con sabor a miel, y cuando me negué a seguir comiéndola, empezaron a darme papilla de sémola con canela espolvoreada por encima. Mi madre se tomaba todas las mañanas un vaso de té caliente con limón y a veces mojaba en el té un bizcocho oscuro de la marca Frumin. Mi padre desayunaba una rebanada de pan negro con una pringosa mermelada amarilla, medio huevo duro (nosotros lo llamábamos «huevo cocido»), aceitunas, unos trozos de tomate, pimienta y pepino pelado y también yogur de Tnuva en tarro de vidrio.

Mi padre se levantaba siempre muy temprano, una hora u hora y media antes que mi madre y que yo: a las cinco y media de la mañana estaba ya frente al espejo del cuarto de baño, removiendo y espesando con una brocha la nieve que tenía en las mejillas, afeitándose y cantando en voz baja canciones patrióticas con unos gorgoritos que ponían los pelos de punta. Después de afeitarse, se tomaba un vaso de té en la cocina y leía el periódico. En la temporada de los cítricos, cada mañana exprimía unas naranjas con un pequeño exprimidor manual y nos llevaba a mi madre y a mí un jugo de naranja a la cama. Y, como la temporada de los cítricos cae en invierno y en aquella época se creía que las bebidas frías en días fríos provocaban resfriados, mi solícito padre encendía el infiernillo antes de hacer el jugo, ponía encima una cacerola con agua y, cuando el agua estaba a punto de hervir, metía con cuidado los dos vasos de jugo en la cacerola del agua caliente y removía bien con una cuchara para que el jugo que estaba cerca del cristal no estuviera más caliente que el

jugo del centro del vaso. Y así, afeitado, vestido y encorbatado, con el delantal de cuadros de mamá atado a la cintura encima de su traje barato, iba a despertar a mi madre (a la biblioteca) y a mí (al cuarto del final del pasillo) y nos daba a cada uno un vaso de jugo de naranja tibio. Mientras yo me tomaba ese jugo templado como si fuese una medicina, mi padre permanecía a mi lado, con el delantal de cuadros, la discreta corbata y el traje gastado por los codos, esperando a que le devolviese el vaso vacío. Mientras yo me tomaba el jugo, mi padre pensaba qué decir: siempre se sentía culpable de cada silencio. Por eso, bromeaba conmigo a su manera, sin ninguna gracia: «Hijito,/ tómate el juguito,/ yo esperaré/ y no te apremiaré».

O: «Si cada día te tomas un vaso templado/ crecerás y serás un valiente soldado».

O también: «Cada sorbo dado/ reconstituye el alma y el cuerpo cansado».

Y a veces, cuando se sentía menos lírico y más discursivo: «¡Los cítricos son el orgullo de nuestra tierra! ¡Hoy día las naranjas de Yafo son apreciadas en el mundo entero! Por cierto, el nombre Yafo, como el de Yefet, deriva seguramente de la palabra *yofi*, belleza, una palabra muy antigua cuyo origen puede ser asirio, *faya*; en árabe ha dado la forma *wafi* y en amhárico *tawafa*, eso creo. Y ahora, bellísimo jovencito –y sonreía con modestia, satisfecho por el juego de palabras que se le había ocurrido–, ahora, joven caballero, acábate el vaso entero y podré irme ligero».

Esas chanzas y juegos de palabras alegraban y divertían a mi padre: creía que podían disipar cualquier pena y cualquier preocupación, y crear a su alrededor un clima de placentera serenidad. Si mi madre decía, por ejemplo, que el vecino, el señor Lemberg, de quien se decía que tenía una enfermedad incurable, había vuelto el día anterior de Hadassah, en Har Hatzofim, y parecía aún más consumido que antes de que lo hospitalizaran, mi padre suspiraba y hacía algún razonamiento sobre lo similares que eran en hebreo las palabras «incurable», *anush*, y «hombre», *enosh*, y citaba un versículo de Jeremías, «engañoso es el corazón, e incurable, quién lo conoce», y otro de los Salmos, «como el heno son los días del hombre». Mi madre se horrorizaba, ¿cómo era posible que todo, hasta la grave enfermedad del señor Lemberg, despertara en él ese impulso infantil de bromear? ¿De verdad creía que la vida era una especie de fiesta de colegio o una reunión de solteros con bromas y cuchufletas? Mi padre sopesaba sus reproches, se arrepentía, se excusaba por el chiste (que él llamaba gracia), lo había dicho con la mejor intención, ¿y de qué le

serviría al señor Lemberg que empezásemos a lamentarnos por él en vida? Mi madre le decía: Hasta cuando lo dices con la mejor intención, consigues hacerlo con muy mal gusto: o te haces el importante o te pones en ridículo, en cualquier caso siempre estás bromeando. Y entonces pasaban a hablar en ruso con un guachi guachi contenido.

Al mediodía, a la vuelta de la guardería de la señora Penina, mi madre batallaba conmigo, con sobornos, súplicas y cuentos de princesas y demonios, intentaba distraerme para que comiese un poco de calabaza viscosa o pepinos blandengues (a los que en casa llamábamos con el nombre árabe, *kusa*), y bolas de pan mezclado con un poco de carne picada (con ajo picado se intentaba evitar que esas bolas supieran prácticamente sólo a pan).

A veces me obligaban a comer, entre lágrimas de asco y rabia, bolas de espinacas y espinacas verdes y remolacha y repollo en vinagre y zanahorias crudas y cocidas. A veces era condenado a atravesar desiertos de sémola y trigo, a mascar insípidas montañas de coliflor cocida y todo tipo de deprimentes legumbres como arvejas, porotos, habas y lentejas. En verano mi padre hacía un picadillo de tomate, pepino, pimiento, cebolla y perejil aliñado con aceite de la fábrica Yitzhar.

De tarde en tarde, cuando había algún invitado, despuntaba también un trozo de pollo, hundido en arroz o fondeado en un bancal de puré de papas, con el mástil y la vela de perejil y, alrededor de la cubierta, una fina borda de zanahorias cocidas con pepinillos raquíuticos. Dos pepinillos en vinagre eran la popa del destructor, y quien conseguía acabar con él recibía, como premio consuelo, un pudin rosa hecho con polvo de pudin o una gelatina amarilla hecha con polvo de gelatina, que en casa llamábamos con el nombre francés, *gelée*, que no está muy lejos del nombre de Julio Verne y del misterioso submarino *Nautilus*, gobernado por el capitán Nemo, quien desencantado de toda la humanidad se retiró a su misterioso reino bajo los océanos, al que pronto, ya está decidido, me uniré.

Para el Shabat y las demás fiestas, mi madre compraba ya a mitad de semana una carpa. La carpa prisionera se pasaba el día nadando con insistencia de un lado a otro de la bañera, intentando encontrar, incansablemente, algún pasadizo submarino

que la condujese al mar abierto. Yo le daba de comer migas de pan. Mi padre me enseñó que en nuestro idioma secreto, sólo de los dos, ese pez se llamaba Nuni. Enseguida me hacía amigo de Nuni: de lejos distinguía mis pasos, se dirigía al borde de la bañera y sacaba del agua una boca que me recordaba cosas en las que era mejor no pensar.

Me levantaba varias veces a oscuras para comprobar si de verdad mi amiga se pasaba la noche durmiendo en el agua fría, algo que me parecía extraño y hasta antinatural, o si después de que se apagaran las luces acababa la actividad diaria de Nuni, salía, se arrastraba lentamente sobre su vientre hasta la cesta de la ropa y se acurrucaba y dormía hasta por la mañana en el cálido seno de las toallas y la ropa interior de algodón, y sólo al alba volvía a meterse en silencio en la bañera para cumplir con sus obligaciones en la marina.

Una vez que me dejaron solo en casa, decidí enriquecer la aburrida vida de la carpa con islas, istmos, arrecifes y bancos de arena hechos con cacharros de la cocina que sumergí en la bañera. Paciente y perseverante como el capitán Ahab, estuve mucho tiempo persiguiendo con ayuda de un cazo a mi Moby Dick, que consiguió retorcerse y escabullirse una y otra vez en los escondrijos submarinos que yo mismo le había diseminado por el fondo del mar. Por un instante toqué de pronto sus cortantes y frías escamas y me estremecí de asco y de miedo, y también a causa de un descubrimiento escalofriante: hasta aquella mañana, todo lo que estaba vivo, un pollo, un niño, un gato, era blando y estaba caliente; sólo lo que estaba muerto se ponía frío y duro. Y, de repente, la paradoja de la carpa, fría y dura pero viva, húmeda, lisa, grasienta y cartilaginosa, con escamas y branquias, moviéndose y agitándose, dura y fría, entre mis dedos, esa paradoja me hizo sentir tal punzada de espanto que rápidamente solté mi presa y corrí a enjabonarme, frotarme y enjuagarme tres veces las manos. Así terminó mi cacería. En vez de perseguir a Nuni, estuve bastante tiempo intentando ver el mundo con los ojos redondos y gélidos de un pez, sin párpados, sin pestañas y sin movimiento.

Así me encontraron mi padre, mi madre y mi castigo, cuando al llegar a casa se colaron en el cuarto de baño sin que los oyera y me descubrieron, petrificado como un Buda, sentado en la tapa del inodoro, con la boca medio abierta, la cara como la de un muerto y los dos ojos vidriosos fijos en un punto indeterminado y sin pestañar, como dos bolas de cristal. Enseguida descubrieron también los cacharros que el niño loco había depositado en el fondo del agua de la carpa, a modo de

archipiélago o de defensas submarinas de Pearl Harbour. «Su Alteza», advirtió mi padre con tristeza, «también esta vez deberá usted cargar con las consecuencias de sus actos. Lo lamento».

Un día, vinieron a la cena de Shabat mi abuelo y mi abuela, también vino Lilienka, la amiga de mi madre, con su marido, el rechoncho señor Bar Samka, que tenía la cara cubierta por una barba blanca, espesa y rizada como un estropajo de aluminio para fregar cacerolas. Tenía las orejas muy raras, no eran del mismo tamaño, parecía un perro pastor con una oreja levantada y la otra caída (yo me confundía a propósito y, en lugar de Mar Bar Samka, señor Bar Samka, lo llamaba Bar Mar Samka, siguiendo los pasos de mi padre, que varias veces se había burlado llamándolo, a sus espaldas, Mar Bar Bar Hana).

Después de una sopa de pollo con kneidalaj (bolitas de harina sin levadura), mi madre puso encima de la mesa el cadáver de mi Nuni, entera, desde la cabeza hasta la cola, pero cortada con crueles incisiones de cuchillo en siete pedazos unidos, y engalanada como el cadáver de un rey sobre la carroza fúnebre de camino al panteón. El cadáver real, en una rica salsa color crema sobre un lecho de arroz blanco, estaba adornado con ciruelas cocidas y rodajas de zanahoria y unos granos verdes espolvoreados por encima. Pero la mirada del ojo abierto, acusador e insumiso de Nuni estaba clavada en sus verdugos con un triste y gélido reproche, con un último grito de dolor.

Cuando mis ojos se toparon con esa mirada aterradora, mientras su ojo perforado me llamaba nazi traidor y asesino, empecé a llorar en silencio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, esforzándome para que no se me notase. Pero Lilienka, la amiga y confidente de mi madre, un alma de maestra en un cuerpo de muñeca de porcelana, se asustó y se compadeció de mí: primero me tocó la frente y dijo: No, no tiene fiebre. Después me acarició el brazo varias veces y añadió: Pero sí que tiene escalofríos. Luego se inclinó hacia mí hasta que su respiración sofocó la mía y dijo: Parece que es algo psicológico, no físico. Entonces se volvió hacia mis padres y concluyó con satisfacción que ya hacía tiempo que les había dicho que el niño, como todos los futuros artistas, vulnerables, complejos, sensibles, parecía estar entrando en la adolescencia mucho antes que los demás, y lo mejor era dejarlo tranquilo.

Mi padre se quedó un rato pensativo, evaluó la situación y sentenció:

–Sí. Pero antes cómete el pescado como todo el mundo, por favor.

–No.

–¿No? ¿Por qué no? ¿Qué pasa? ¿Su Alteza tiene por casualidad la intención de despedir a su grupo de matarifes?

–No puedo.

En ese momento Barmarsamka, sin poder contener sus buenos deseos de mediar, salió en mi ayuda y empezó a rogarme con su voz delicada, conciliadora:

–¿Qué tal si te comes sólo un poquito, un trocito de nada, un bocado simbólico? Por mamá, papá y el Shabat.

Pero Lilienka, su mujer, una persona espiritual y sensible, salió en mi defensa:

–¡No tiene ningún sentido obligar al niño! ¡Después de todo, tiene un bloqueo emocional!

Lea Bar Samka, es decir Lilienka, Lilia Kalish⁷⁷, fue amiga de la familia durante casi toda mi infancia en Jerusalem: era una mujer pequeña, triste, pálida, frágil y de hombros caídos. Fue, durante muchos años, maestra y educadora en una escuela elemental, y también escribió dos libros muy útiles sobre psicología infantil. Por detrás, Lilienka parecía una niña delgada de doce años. Mi madre y ella se pasaban horas hablando de sus cosas, sentadas en taburetes de enea en la cocina o en sillas que sacaban a un rincón del patio, conversaban en voz baja o inclinaban la cabeza sobre un libro abierto o un álbum de obras de arte que sujetaban entre las dos.

Normalmente, Lilienka venía cuando mi padre estaba trabajando: creo que entre mi padre y ella había esa mutua, cortés y bien disimulada aversión que impera a veces entre los maridos y la mejor amiga de sus esposas. Si yo me acercaba a mi madre y a Lilienka cuando estaban hablando de sus cosas, las dos se callaban a la vez, y sólo reanudaban la conversación cuando yo había salido de la zona de audición.

⁷⁷ N. del A.: He cambiado algunos nombres, por diversos motivos.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Lilia Bar Samka me miraba amablemente con su sonrisa melancólica, llena de una sensibilidad que lo comprendía y lo perdonaba todo, y mi madre me preguntaba qué quería y me pedía que las dejara solas. Compartían un montón de secretos.

Una vez vino Lilienka y mis padres no estaban en casa, se pasó un buen rato mirándome con comprensión y tristeza, movió la cabeza de arriba abajo como si estuviera completamente de acuerdo consigo misma y entonces empezó a hablar: de verdad, pero de verdad, me quería mucho desde que era pequeño y se interesaba mucho por mí. Se interesaba no como lo hacen los adultos normales y corrientes, esos que siempre preguntan si eres un buen estudiante, si te gusta jugar al baloncesto, si aún coleccionas estampillas, qué quieres ser cuando seas grande y otras tonterías por el estilo. ¡No! ¡A ella le interesaban mis pensamientos! ¡Mis sueños! ¡Mi vida interior! ¡Me consideraba un niño muy especial, muy original! ¡Un alma de artista en ciernes! Su intención era llegar alguna vez –no precisamente en esa ocasión– al lado más íntimo y más delicado de mi joven personalidad (yo tenía unos diez años): por ejemplo, ¿qué pensaba cuando estaba completamente solo?, ¿qué se me pasaba por la imaginación?, ¿qué era lo que de verdad me alegraba y lo que de verdad me entristecía?, ¿qué me entusiasmaba y qué me daba miedo?, ¿qué me producía rechazo?, ¿qué paisaje me atraía?, ¿había oído hablar alguna vez de Janusz Korzack?, ¿había leído ya el libro *El mago Yotam*?, ¿tenía ya pensamientos inconfesables en el buen sentido? Le hubiera gustado mucho, cómo se dice, ser toda oídos, mi confidente, mi destinataria, a pesar de la diferencia de edad y todo eso.

Yo era un niño carcomido por la buena educación. A su primera pregunta, en qué estaba pensando, contesté con educación: En muchas cosas. A su ráfaga de preguntas qué-me-entusiasmaba-qué-me-daba-miedo, contesté: Nada en especial. Y a su amistosa propuesta le respondí con delicadeza:

–Gracias, tía Lilia, es muy bonito de tu parte.

–Si alguna vez sientes la necesidad de hablar de algo que te resulta violento contarles a tus padres, no lo dudes, ven a mí, cuéntamelo a mí, ¿de acuerdo? Y, por supuesto, yo te guardaré el secreto. Podemos aconsejarnos mutuamente, ¿de acuerdo?

–Gracias.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

–Cosas que no tengas con quien hablar. Pensamientos que puedan hacerte sentir un poco solo, ¿sí?

–Gracias. Gracias, de verdad. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua? Seguro que mamá vuelve enseguida. Está en la farmacia de Heinemann. ¿O prefieres mientras tanto leer el periódico, tía Lilia? ¿O te pongo el ventilador?

CAPÍTULO 29

Veinte años más tarde, el 28 de julio del 71, unas semanas después de que se publicara mi libro *Hasta la muerte*, recibí una carta de esa amiga de mi madre, que ya tenía unos sesenta años: «...siento que no me he comportado bien contigo desde la muerte de tu padre, que en paz descanse. Estoy muy angustiada y no soy capaz de nada. Me he encerrado en casa (nuestro piso me espanta..., no tengo fuerzas para cambiar nada) y me da miedo salir, tal y como suena. En el hombre de tu relato *Amor tardío* he encontrado varios puntos en común: me parece tan conocido, tan cercano. Hasta la muerte: oí una lectura en la radio y tú mismo leíste algunos fragmentos en una entrevista en televisión. Fue una maravillosa sorpresa verte de repente en el televisor que está en un rincón de mi habitación. Me pregunto cuáles serán las fuentes de ese relato tan especial. Me resulta difícil imaginar qué tendrías dentro cuando escribiste esas descripciones de horror y espanto. Es aterrador. Las descripciones de judíos: personajes fuertes, de ningún modo víctimas..., me impresionaron. Y también la descripción del agua que poco a poco va erosionando el hierro... y la imagen de una Jerusalén irreal que no está al final del camino, que tan sólo es el anhelo y la nostalgia de algo que no tiene un lugar en el mundo. La muerte me parece, por las páginas de tu relato, algo que nunca he imaginado y que he anhelado no hace mucho tiempo... Ahora recuerdo más que nunca las palabras de tu madre, que desde el principio intuyó mi fracaso en la vida. Y me enorgullecía de mi aparente debilidad, de ser débil. Ahora siento que me desintegro... Es extraño, durante muchos años soñé con volver a Israel y, cuando ese sueño se ha materializado, vivo aquí como en una pesadilla. No hagas caso de lo que he dicho. Se me ha escapado. No me contestes a eso. Cuando te vi por última vez, en medio de una acalorada conversación con tu padre, no sentí en ti al hombre triste... Toda la familia les manda saludos. ¡Pronto seré abuela! Con amistad y amor, Lilia (Lea)».

Y en otra carta, del 5 de agosto de 1979, Liliénka me escribe:

«...pero dejemos eso ahora, si alguna vez nos vemos puede que te hable del estupor que me han causado tus palabras. ¿A qué aludes ahora, en la “nota sobre mí mismo” de tu libro..., cuando hablas de una madre que se suicidó “por desilusión y nostalgia”? ¿Algo no iba bien? Perdóname, estoy hurgando en la herida. En la herida de tu padre, que en paz descanse, y en especial en la tuya, e incluso en la mía. No

sabes cuánto echo de menos a Fania, y sobre todo en los últimos tiempos. Me he quedado muy sola en mi pequeño y estrecho mundo. La añoro. También a otra amiga nuestra, Stefa, que dejó este mundo con dolores y sufrimientos en el año 1963... Era pediatra y su vida fue un desengaño tras otro, tal vez porque creía en los hombres. Stefa sencillamente se negaba a entender de lo que son capaces algunos hombres (por favor, no te lo tomes como algo personal). Las tres éramos muy amigas en los años treinta. Yo soy el último mohicano de todos los amigos y amigas de entonces. Intenté suicidarme dos veces, en el 71 y en el 73, pero no lo conseguí. No lo intentaré más... Aún no ha llegado el momento de hablar contigo de las cosas que atañen a tus padres..., han pasado muchos años..., no, aún no estoy preparada para expresar por escrito todo lo que quisiera. Y eso que antes sólo sabía expresarme por escrito. Tal vez nos veamos algún día, para entonces muchas cosas pueden haber cambiado... Por cierto, quiero que sepas que tu madre y yo, y otras chicas del grupo Hashomer Hatzair de Rovno, considerábamos a la pequeña burguesía lo peor que podía haber en el mundo. Todas procedíamos de casas así. Tu madre nunca fue “de derecha”..., sólo cuando entró a formar parte de la familia Klausner simuló que era uno de ellos: en casa del “tío Yosef” estaban siempre todos los periódicos, excepto Davar⁷⁸. El más fanático de todos era el hermano Betzalel Elitzedek, ese hombre tan amable cuya esposa cuidó del profesor cuando éste enviudó. De todos ellos, sólo a tu abuelo Alexander, que en paz descansa, le tenía yo cariño...».

Y en una carta del día 28 de septiembre de 1980:

«...tu madre salió de su familia destrozada y destrozó la de ustedes. Pero ella no tuvo la culpa... Recuerdo que una vez, en 1963, estabas en nuestra casa... y te prometí que alguna vez te escribiría hablándote de tu madre... pero es muy difícil cumplirlo. Hasta escribir una carta me resulta difícil... Si supieras cuánto deseaba tu madre ser artista, ser una persona creativa, desde que era pequeña. ¡Si pudiera verte ahora!, ¡leerte! ¿Y por qué no pudo? A lo mejor en una conversación cara a cara contigo me atrevería a contar cosas que no me atrevo a decir por escrito. Con afecto, Lilia».

⁷⁸ Diario escrito en hebreo, publicado en el Mandato Británico de Palestina y luego Israel entre 1925 y 1996, de tendencia de izquierda y laborista.

Mi padre llegó a leer antes de morir (en el año 1970) mis tres primeros libros, que no le gustaron del todo. A mi madre, por supuesto, no le dio tiempo a ver nada más que las redacciones del colegio y algunos versos infantiles que compuse con la esperanza de atraer a las musas, de cuya existencia a ella tanto le gustaba hablarme (mi padre no creía en las musas, al igual que siempre había despreciado a las hadas, las brujas, los rabinos milagreros, los duendes nocturnos, los santones, la fantasía, los milagros y los espíritus. Se consideraba «una persona de libre pensamiento», creía en la mente racional y en el trabajo intelectual).

Si mi madre hubiera leído los dos relatos de *Hasta la muerte*, ¿habría dicho unas palabras similares a las de su amiga Lilienka Kalish, «horror y espanto de algo que no tiene un lugar en el mundo»? Es difícil saberlo: un fino velo de melancolía soñadora, de emociones secretas y penas románticas cubría a aquellas chicas de buena familia de Rovno, como si sus vidas se hubieran pintado, entre las paredes de su instituto, con pinceles que conocían sólo tonalidades mórbidas y solemnes. Aunque a veces mi madre se rebelaba contra esos colores.

Algo del programa de aquel instituto en los años veinte, o tal vez una especie de profundo musgo romántico absorbido por el corazón de mi madre y sus amigas durante su juventud, una espesa niebla sentimental ruso-polaca, algo entre Chopin y Mickiewicz, entre las penas del joven Werther y Byron, algo en el terreno de las sombras entre lo sublime y lo tormentoso, la ensoñación y la soledad, engañosas luces de un pantano de «horror y espanto» se burlaron de mi madre durante casi toda su vida y la sedujeron hasta que la cautivaron y la llevaron al suicidio en el año 1952. Tenía treinta y nueve años cuando murió. Yo, doce y medio.

Durante las semanas y meses posteriores a la muerte de mi madre no pensé ni por un momento en su dolor. Me negué a escuchar el inaudible grito de socorro que dejó tras ella y que probablemente estuvo siempre flotando en las habitaciones de la casa. No tuve ni una pizca de compasión. Tampoco nostalgia. Tampoco lloré la muerte de mi madre: estaba tan ofendido y tan furioso que no me quedaba sitio para ningún otro sentimiento. Cuando veía, por ejemplo, el delantal a cuadros que siguió colgado unas cuantas semanas más después de su muerte en un clavo detrás de la puerta de la cocina, me llenaba de furia, como si ese delantal soltara sal. Las cosas de aseo de mi madre, la polvera, el cepillo sobre la repisa verde del cuarto de baño, me

herían como si hubiesen sido dejados ahí a propósito para que se burlaran de mí. El rincón de sus libros. Sus zapatos vacíos. Su olor, que siguió algún tiempo dándome en la cara cada vez que abría la puerta de la-parte-de-mamá del armario, todo me provocaba una furia impotente. Como si su sweater, que de alguna manera se había colado entre mi ropa, se riera de mí alegrándose de la desgracia ajena.

Me enojé con ella por haberse ido sin despedirse, sin un abrazo, sin una explicación: ni al más completo desconocido, ni al cartero o un vendedor ambulante que llamara a la puerta era mi madre capaz de despedirlo sin ofrecerle un vaso de agua, una sonrisa, una breve disculpa, dos o tres palabras agradables. De niño jamás me dejaba solo en una tienda, en un patio ajeno o en un parque. ¿Cómo había podido? Me enojé con ella también en nombre de mi padre, cuya mujer lo había avergonzado abandonándolo como un trasto viejo, igual que en las películas, se había ido de repente, como si se hubiera fugado con un desconocido. De niño, si desaparecía aunque sólo fuese un rato, me retaban y me castigaban: era una ley inmutable en casa, cuando alguien se iba tenía que decir siempre adónde iba, cuánto tiempo iba a estar fuera y cuándo volvería. O al menos dejar una nota en el lugar convenido, debajo del jarrón.

Todos nosotros.

¿Qué era eso de irse de forma tan grosera en medio de una frase? ¡Ella que tanto se cuidaba de comportarse con tacto, amabilidad, buenos modales, con un constante esfuerzo por no herir ni ofender, pensando en el prójimo, con delicadeza! ¿Cómo había podido?

La odiaba.

Al cabo de unas semanas la furia se decoloró. Y con la furia perdí una especie de escudo defensivo, una especie de capa de polvo que durante los primeros días me había protegido del trauma y del dolor. Desde ese momento estaba desnudo.

Cuanto menos odiaba a mi madre, más me aborrecía a mí mismo.

Aún no existía en mi corazón un hueco donde acoger el sufrimiento de mi madre, su soledad, la asfixia que la fue atrapando, el terror desesperado de las

últimas noches de su vida. Seguía viviendo sólo mi tragedia, no la suya. Pero ya no estaba enojado con ella sino que, por el contrario, me culpaba a mí mismo: si hubiera sido un niño mejor, más abnegado, si no hubiera dejado la ropa tirada por el suelo, si no la hubiese molestado e importunado, si hubiera hecho los deberes a su debido tiempo, si hubiera sacado la basura todas las tardes sin protestar, sin necesidad de que me riñeran, si no le hubiese amargado la vida ni hubiera hecho tanto ruido, si no hubiese olvidado apagar la luz, si no hubiese vuelto con la camisa rota, si no hubiese andado por la cocina con los zapatos llenos de barro. Si hubiese pensado un poco más en su migraña. O si al menos me hubiese esforzado en cumplir sus deseos y hubiese sido algo menos débil y pálido, si hubiese comido todo lo que cocinaba y me servía sin darle tantos problemas, si para agradecerle hubiese sido un niño un poco más sociable y menos solitario, un poco menos delgado y enclenque y más bronceado y atlético, como ella quería que fuera.

O todo lo contrario. ¿Y si hubiese sido mucho más débil, enfermizo, un inválido en silla de ruedas, tísico o ciego de nacimiento? ¿No es cierto que entonces su generosa naturaleza no le habría permitido de ninguna manera abandonar a un niño tan desafortunado, dejarlo sólo con su desgracia y marcharse? Si hubiese sido un niño sin piernas, si me hubiese metido a tiempo bajo las ruedas de un coche, me hubiese atropellado y me hubiesen amputado las dos piernas, a lo mejor mi madre habría tenido compasión, no me habría abandonado y habría seguido cuidando de mí.

Si mi madre me abandonó así, sin mirar atrás, era señal de que nunca me quiso: cuando se quiere a alguien, eso me enseñó ella misma, cuando se quiere a alguien se le perdona todo salvo la traición. Se le perdonan las molestias, el sombrero perdido y los pepinos dejados en el plato.

Abandonar es traicionar. Y ella... a los dos, tanto a mi padre como a mí. Yo jamás la hubiera dejado así, a pesar de sus migrañas, a pesar de que ahora sé que nunca nos quiso, jamás la hubiera dejado, a pesar de sus largos silencios, sus encierros en la habitación a oscuras y sus estados de ánimo. A veces me hubiera enfadado, tal vez hasta hubiera dejado de hablarle durante un día o dos, pero no la hubiera abandonado para siempre. Jamás.

Todas las madres quieren a sus hijos: es una ley natural. Hasta una gata. O una cabra. Hasta las madres de los delincuentes y asesinos. Hasta las madres de los

nazis. Hasta las madres de los retrasados babeantes. Hasta las madres de los monstruos. El hecho de que sólo a mí no hubiera modo de amarme, el que mi madre huyera de mí, demostraba que a mí no había motivo para quererme. Que no merecía ser querido. Que había algo en mí, algo terrible, algo espantoso, algo verdaderamente horrible, algo más repulsivo aún que la deformidad, el retraso o la locura. Había en mí algo irremediabilmente repugnante, algo tan terrible que hasta mi propia madre, una mujer delicada y sensible, una mujer capaz de dar amor hasta a un pájaro, a un mendigo por la calle, a un cachorro perdido, no pudo seguir soportándome y se vio obligada al final a huir de mí tan lejos como pudo. En árabe hay un proverbio que dice kul qird bein emo razal, cualquier mono es un cervatillo a los ojos de su madre. Excepto yo.

Si yo también hubiera sido dulce, al menos un poco, como todos los niños del mundo son dulces para sus madres, hasta los niños más feos y malos, hasta los perturbados violentos que son expulsados para siempre del colegio, hasta Bianca Schor, que le clavó un cuchillo de cocina a su abuelo, hasta el deforme Yani, que tenía elefantiasis y, en medio de la calle, se abría la bragueta, se la sacaba y se la enseñaba a las chicas... Si hubiera sido bueno... Si me hubiera comportado como miles de veces me pidió que me comportase, y yo, tonto de mí, me empeñaba en no hacerle caso... Si no le hubiese roto, la noche de Pésaj, el plato azul que había heredado de la madre de su abuela... Si me hubiera cepillado bien los dientes cada mañana, de arriba abajo y por todos los rincones de la boca, sin engañarla... Si no hubiese robado la media lira de su monedero, mintiendo y negando con desfachatez que lo había hecho... Si hubiese dejado de tener pensamientos feos y nunca le hubiese permitido a mi mano meterse por la noche en los pantalones del pijama... Si hubiese sido como todos, digno de tener también una madre.

Al cabo de un año o dos, cuando me marché de casa y fui a vivir como externo al kibutz Hulda, poco a poco empecé a pensar también en ella. Al atardecer, después de las clases, después del trabajo y la ducha, cuando todos los niños del kibutz, duchados, limpios y bien vestidos, iban a pasar un rato a las casas de sus padres y a mí me dejaban solo como un bicho raro entre las casetas vacías, me retiraba a un banco de madera de la hemeroteca, que estaba en el barracón hundido detrás del almacén de ropa.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Sin encender la luz, me sentaba allí media hora, o una hora, y veía pasar ante mis ojos, una imagen tras otra, el final de su vida. Por esa época intenté por primera vez adivinar por mí mismo aquello de lo que jamás se hablaba en casa, ni entre mi madre y yo, ni entre mi padre y yo, y al parecer tampoco entre ellos dos.

Cada vez que releo el inicio de *En la flor de la vida*, de Agnón, esas líneas me devuelven el último año de vida de mi madre:

En la flor de la vida murió mi madre. Unos treinta años tenía mi madre cuando murió. Breves y malas fueron sus dos vidas. Se pasaba todo el día en casa y de casa no salía. Sus amigas y vecinas no iban a verla y a mi madre tampoco le gustaban las visitas. Silenciosa estaba nuestra casa en su dolor, sus puertas a extraños no se abrían. Sobre la cama yacía mi madre y sus palabras fueron escasas... Cuánto me gustaba su voz. Muchas veces abría la puerta sólo para que preguntase quién era. Yo era una niña. A veces se levantaba de la cama y se sentaba junto a la ventana.

(Estas líneas las estoy copiando de la edición de bolsillo de la editorial Schoken que S. Y. Agnón dedicó a mi madre y a mi padre: cuando murió mi padre también tomé de su biblioteca este librito.) Desde que descubrí *En la flor de la vida* – tendría unos quince años –, me he comparado con Tirtza. En el libro *Comienza una historia*, escribí algo sobre Tirtza y algo, implícitamente, sobre el niño que era yo al final de la vida de mi madre:

...la relación de Tirtza con su madre era una relación de culto. Desde el inicio del relato ella adora su figura, la ceremonia de sentarse junto a la ventana, su ropa blanca... El misterio que envuelve la discreta y definitiva partida de la madre provoca en Tirtza una fuerte conmoción que al final decide su destino: tras la muerte de la madre, Tirtza desea fundirse con su imagen hasta el punto de anularse a sí misma. La relación cultural impide cualquier acercamiento real entre la hija y la madre –o tal vez sea la falta de acercamiento lo que lleva a Tirtza, a priori, a una relación cultural con su madre–. La madre, enferma e inmersa en su tristeza melancólica, no muestra ninguna cercanía hacia Tirtza, no parece saber siquiera que existe, y no responde a los esfuerzos de la niña por llamar su atención... La voz de Tirtza, casi el único sonido que oye la madre, es el sonido de una puerta que se abre «muchas veces» (en una casa cuyas «puertas no se abrían a extraños»). Es una voz infantil, burlona: la madre agoniza y la hija juega... Tirtza está descrita al comienzo del relato como una niña abandonada: su padre está totalmente entregado a la madre, la madre está

concentrada en su amor y sus ceremonias de despedida, los familiares y amigos casi no prestan atención a Tirtza.

Treinta y nueve años tenía mi madre cuando murió: más joven que mi hija mayor y algo mayor que mi hija pequeña el día en que se están escribiendo estas líneas. Diez, o puede que veinte años después de terminar sus estudios en el instituto Tarbut, cuando a mi madre, a Lilienka Kalish y otras cuantas amigas las golpeó la realidad de una Jerusalem de vientos sofocantes, pobreza y habladurías, cuando esas sensibles jóvenes se encontraron de repente en el áspero suelo de una vida banal de pañales, maridos, migrañas, colas, olor a naftalina y fregaderos, parece que se puso en evidencia que el sistema educativo del instituto de Rovno en los años veinte no les resultó útil. Sólo fue una carga.

Y puede que fuera otra cosa, no byroniana ni chopiniana sino más cercana al velo de soledad y melancolía que cubría a las introvertidas chicas de buena familia en las obras de Chéjov y Gnessin: una seguridad infantil, una seguridad que la propia vida, la vida devastadora, se encargaría de destruir, pisotear y ridiculizar. Mi madre creció en el seno de un encantamiento espiritual de belleza cubierta de niebla, un encantamiento cuyas alas se golpearían al final contra el suelo de piedra desnudo, caliente y polvoriento de Jerusalem. Creció como la bella y delicada hija del molinero en una casa señorial de la calle Dubinska, una casa con jardín, criadas y cocinera: puede que la educaran igual que a la pastora del cuadro que ella tanto odiaba, esa pastora engalanada, de mejillas sonrosadas y con tres enaguas.

Ese mismo desahogo que la tía Sonia recordaba con asombro al cabo de setenta años, el desahogo de Fania con dieciséis años, que de repente criticó con una rabia encendida impropia de ella hasta casi llegar a escupir el cuadro de la joven y delicada pastora con mirada soñadora y enaguas de seda, tal vez ese escupitajo fuera un espasmo de la energía vital con que mi madre intentaba liberarse de la tela de araña que se estaba tejiendo a su alrededor.

Al otro lado de los cristales de la ventana cubiertos con cortinas bordadas que protegían la infancia de Fania Mussman, una noche el señor Zakashevski se disparó una bala en el muslo y otra en la cabeza. La princesa Ravzova cogió un martillo y se clavó un clavo oxidado en la palma de la mano para sentir parte del dolor del Mesías y soportarlo en su lugar. Dora, la hija de la asistenta, se quedó embarazada del

amante de su madre. Steletzky, el borracho, se jugaba cada noche a su mujer a las cartas y ella, Ira, la mujer de Steletzky, acabó muriendo en el incendio que ella misma provocó en el barracón vacío del guapo Antón. Pero todo eso ocurrió fuera, al otro lado de los cristales dobles, fuera del círculo luminoso y placentero de la vida del instituto Tarbut. Nada de eso pudo penetrar y dañar de verdad la tierna infancia de mi madre, que al parecer estaba sazónada con una pizca de melancolía que no oscurecía su encanto sino que lo matizaba y lo endulzaba.

Al cabo de algunos años, en el barrio de Kerem Abraham, en la calle Amós, en el semisótano asfixiante y húmedo, debajo de los Rosendorf y al lado de los Lemberg, entre barreños metálicos, pepinillos en vinagre y adelfas que se iban marchitando en latas oxidadas de aceitunas, rodeada todo el día por olores a repollo, colada, pescado cocinado y orines secos, mi madre empezó a consumirse. Tal vez fuera capaz de apretar los dientes y enfrentarse a una tragedia y a una pérdida. A la pobreza. Al desengaño de la vida matrimonial. Pero creo que de ningún modo pudo soportar el deterioro.

Y en el año 43 o 44, si no antes, ella ya sabía que todos habían sido asesinados allí, junto a Rovno. Algunos habían llegado ya contando cómo los alemanes, los lituanos y los ucranianos, bajo la amenaza de las ametralladoras, habían obligado a toda la ciudad, jóvenes y ancianos incluidos, a dirigirse al bosque de Sosenki: el bosque al que solían ir de excursión en los buenos tiempos, a jugar a los exploradores, a cantar alrededor de una hoguera, a pasar la noche en bolsas de dormir al borde del río bajo las estrellas. Y allí, en el bosque de Sosenki, entre ramas, pájaros, hongos, grosellas y bayas, los alemanes, en dos días, mataron al borde de las fosas a unas veinticinco mil personas⁷⁹. Entre ellos estaban casi todos los compañeros de clase de mi madre. Y los padres de sus compañeros y todos los vecinos y todos los conocidos y todos los rivales y adversarios. Entre ellos estaban los terratenientes y los proletarios, los ultraortodoxos, los asimilados y los convertidos al cristianismo, los intermediarios, los recaudadores de impuestos, los cantores de sinagoga y los jefes de comunidad, los matarifes, los vendedores ambulantes y los aguadores, los comunistas y los sionistas, los pensadores, los artistas y los tontos del pueblo, entre ellos había unos cuatro mil recién nacidos. Y también los profesores de

⁷⁹ N. del A.: Aproximadamente el número de habitantes de Arad. Y más que el número de judíos muertos durante los cientos de años de guerra con los árabes.

mi madre de la época del Tarbut, Isacar Rais, el director, con su personalidad carismática y sus ojos penetrantes, hipnóticos, cuya mirada atravesaba los sueños de las alumnas adolescentes, y Yitzhak Berkowsky, siempre adormilado y despistado, y el irascible Eliezer Buslik, que enseñaba cultura de Israel, y Panka Zeidmann, que daba clases de geografía, biología y gimnasia, y su hermano Shmuel, el pintor, y el amargado y severo Moshé Bergman, que enseñaba, casi con la boca cerrada, historia universal y polaca. Todos.

Poco tiempo después, en el año 48, en el ataque de la artillería de la Legión de transjordania sobre Jerusalem, una tarde de verano, murió de repente, alcanzada por un proyectil, otra amiga de mi madre, Piroshka, Piri Yanai, que había salido un momento al patio a buscar una bayeta y un cubo.

Tal vez algo de aquellas promesas de la infancia estaba cubierto de antemano por una costra maligna, una costra romántica y venenosa compuesta por una mezcla de inspiración y muerte. Algo del programa demasiado refinado del instituto Tarbut. O quizás una nota eslavo-burguesa, una nota melancólica que pocos años después de la muerte de mi madre volví a encontrar entre las páginas de Chéjov y Turgueniev, en los relatos de Gnessin y también en cierta medida en los poemas de Rahel. Algo que hizo que mi madre, viendo que la vida no había cumplido ninguna de las promesas de su juventud, se imaginase la muerte como un amante temperamental pero también protector y tranquilizador, el último amante, un amante poeta que curaría por fin las heridas de su solitario corazón.

Llevo muchos años tras las huellas de ese viejo asesino, seductor, pícaro y decrepito, de ese anciano culpable e inmundo, deformado por la edad pero manifestándose una y otra vez como un vigoroso príncipe azul. Ese astuto cazador de corazones rotos, ese pretendiente vampiro de voz agridulce como el sonido de la cuerda grave del violonchelo en noches de soledad: un impostor aterciopelado, delicado, un artista del engaño, un flautista mágico que atrae hacia su capa de seda a los desesperados y solitarios. Un decrepito asesino en serie de almas desencantadas.

CAPÍTULO 30

¿Dónde comienza mi memoria? Mi primer recuerdo es un zapato: un zapato pequeño, marrón, nuevo y oloroso, con cordones gemelos y una lengüeta cálida y suave. Por supuesto sería un par y no sólo un zapato, pero en mi recuerdo se salvó sólo uno de los dos. Un zapato nuevo, un poco rígido todavía. Me gustaba tanto el olor, el agradable efluvio de la piel nueva, brillante, casi viva, y la cola de las suelas, tan fuerte y mareante, que al parecer al principio intenté calzarme aquel zapato nuevo en la cara, en la nariz, como si fuera una especie de pico, para embriagarme con el olor.

Mi madre entró en la habitación seguida de mi padre y de un montón de tíos, o quizás sólo fueran conocidos. Les debí parecer gracioso aunque extraño, con mi pequeña cara metida en el zapato, porque todos empezaron a reírse y a señalarme con el dedo, y alguien berreó y se golpeó las rodillas con las manos, y algún otro gritó con voz ronca: ¡Deprisa, deprisa, traigan una cámara de fotos!

En casa no había cámara de fotos, pero parece que estoy viendo a aquel niño: dos años, o dos años y tres meses, el pelo de lino y los ojos grandes, redondos y sorprendidos. Pero justo debajo de los ojos, en lugar de nariz, en lugar de boca y barbilla, le salía el tacón de un zapato y una suela nueva y clara, una suela todavía virgen, brillante, que aún no había empezado a andar. De los ojos para arriba era un niño pálido, y de las mejillas para abajo parecía un pez martillo o un pájaro prehistórico con un gran buche.

¿Qué sentía el niño? De eso puedo dar un testimonio bastante preciso porque he heredado de aquel niño lo que sintió en ese momento: un placer penetrante, un planceer desatado, mareante, causado por el hecho de que, por un instante, todo el público estuviese concentrado sólo en él, sorprendido de él, divertido con él, señalándolo a él. Y a pesar de todo –y sin contradicción alguna- el chiquillo estaba atemorizado y aturdido por esa atención tan exagerada que le costaba asimilar, y también, algo avergonzado por las risas, estaba a punto de echarse a llorar, porque sus padres y los desconocidos berreaban-se-reían-lo-señalaban-a-él-y-a-su-pico, y volvían a reírse de él mientras se gritaban unos a otros: Una cámara, rápido, traigan una cámara.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

También se sentía desilusionado, porque le habían estropeado, justo en el mejor momento, el embriagador placer de aspirar el olor a cuero fresco y el aroma mareante de la cola que estremece los pulmones y el corazón.

En la siguiente imagen no hay público. Sólo mi madre poniéndome un calcetín suave y grueso (porque hace frío en aquella habitación), y después diciéndome: Empuja, empuja fuerte, más fuerte, como si estuviese trayendo al mundo al pequeño feto-pie a través del cuello del útero virgen del zapato nuevo y oloroso.

Hasta hoy, cada vez que meto el pie en un calcetín o en un zapato y empujo, incluso ahora, mientras estoy escribiendo estas líneas, vuelvo a sentir en mi piel el placer del pie entrando y tocando el interior de aquel primer zapato: el temblor de la carne empujando y entrando por primera vez en una gruta secreta cuyos bordes, rígidos y suaves, envuelven y se ciñen dulcemente a mi carne, que se va abriendo paso y presiona y es presionada, mientras mi madre, delicada y paciente, me anima: Empuja, empuja un poco más.

Con una mano, me presiona el pie hacia dentro, y con la otra, sujeta por debajo, por la suela, y empuja suavemente contra mí, parece que se opone a mis movimientos pero la verdad es que me está ayudando hasta el final, hasta el dulce momento en el que, como conquistando la última fortificación, de pronto mi talón vence y con una embestida final se desliza suavemente y llena por fin todo el espacio del zapato, y desde ese momento estás dentro, cubierto, envuelto y protegido, y mamá tira de los cordones y los ata, y por fin, como un último lametazo de placer, el estiramiento de la lengüeta cálida debajo de los cordones y del nudo: un gesto que me produce siempre un ligero cosquilleo que me recorre el empeine. Y ya estoy allí. Dentro. Abrazado, comprimido, envuelto y deleitándome con la caricia del cuero del primer zapato de mi vida.

Aquella noche pedí que me dejaran dormir con los zapatos puestos: no quería que se acabase. O al menos que me dejaran mis zapatos nuevos junto a la cabeza, sobre la almohada, para poder dormirme con los efluvios del cuero y la cola. Sólo después de una larga negociación bañada en lágrimas accedieron a dejar los zapatos encima de una silla cerca de la cabecera de la cama, con la condición de que ni los roces hasta por la mañana, porque esta noche ya te has lavado las manos, sólo

puedes mirarlos, observar todo el tiempo las fauces oscuras que te sonríen y respirar profundamente su olor hasta que te duermas delante de ellos, sonriendo también tú con placer. Como si te estuviesen acariciando.

En mi segundo recuerdo estoy encerrado, solo, en una cabaña oscura.

Cuando tenía tres años y medio, casi cuatro, me dejaban varias veces a la semana, durante unas horas, al cuidado de una vecina viuda no muy joven que no tenía hijos, una mujer que olía a lana mojada, a jabón de lavar la ropa y a sartén. Se llamaba señora Ghat, pero nosotros la llamábamos tía Grete, excepto mi padre, que a veces le pasaba el brazo por encima de los hombros y la llamaba Greteshen, o Greta, y bromeaba en verso, como solía hacer, con la alegría de un bachiller adolescente de otros tiempos: «Charlar un poco con Greta/ es una buena receta» (ésa debía de ser su forma de cortejar a las mujeres). La tía Grete se ruborizaba y, como le daba mucha vergüenza ruborizarse, al instante se ponía el doble de colorada, de un rojo sangre oscuro y profundo, un rojo casi morado.

El cabello rubio de la tía Grete estaba recogido en una gruesa trenza que solía ponerse como una cuerda alrededor de su redonda cabeza. En las sienes ya le habían empezado a salir canas, maleza gris en la linde de un campo amarillo. Sus gordos y flácidos brazos estaban salpicados de pecas marrón claro. Debajo de los vestidos de algodón de aire campestre que solía usar, la tía Grete tenía unos muslos gordos y anchos que recordaban a los de una mula. Una sonrisa tímida que traslucía cierta vergüenza se esbozaba a veces alrededor de sus labios, como si acabaran de sorprenderla haciendo algo muy feo, o mintiendo, y se sorprendiera de sí misma. Siempre llevaba dos dedos vendados, o uno, o a veces tres, porque se había cortado con el cuchillo de la ensalada, se había apretado una uña con un cajón o se había aplastado un dedo con la tapa del piano: a pesar de esos continuos infortunios en los dedos, era profesora particular de piano. Y a veces también cuidaba niños.

Después del desayuno, mi madre me sentaba en un taburete de madera delante de la bacha del cuarto de baño, me limpiaba con una toalla húmeda los restos de huevo cocido de los labios, las mejillas y la barbilla, me humedecía el pelo, me hacía con un peine una raya a un lado perfecta y me daba una bolsa de papel marrón con una banana, una manzana, un trozo de queso curado y unas galletas. Y así, limpio, peinado y desconsolado, mi madre me llevaba al patio de detrás de la

cuarta casa a la derecha. Por el camino tenía que prometerle que sería bueno, que obedecería a la tía Grete, que no molestaría, y sobre todo que de ninguna manera me rascaría la costra marrón que me había salido encima de la herida de la rodilla, porque esa costra, que en hebreo se llama guelet, era señal de que se estaba curando y pronto se caería sola, pero si la tocaba podía empezar a infectarse y entonces no se curaría y habría que volver a ponerme una inyección.

Junto a la puerta, mi madre nos deseaba a mí y a la tía Grete que lo pasáramos bien juntos y se iba. La tía Grete me quitaba enseguida los zapatos y me sentaba en calcetines a jugar en completo silencio sobre la alfombra, donde, en una esquina, me esperaban, cada mañana, cubos, cucharas, almohadones, servilletas, un tigre de fieltro, fichas de dominó y una princesa ajada que olía un poco a moho.

Con ese inventario, tenía suficiente para varias horas de batallas y gestas heroicas: la princesa estaba cautiva, un malvado mago (el tigre) la había encerrado en una cueva (debajo del piano). Las cucharas eran la escuadrilla de aviones que sobrevolaban las montañas (los almohadones) en busca de la princesa hasta ultramar (la alfombra). Las fichas de dominó eran los terribles lobos que el mago había diseminado alrededor de la cueva de la princesa cautiva.

O al contrario: las fichas de dominó eran tanques, las servilletas, las tiendas de los árabes, la muñeca blandengue se convertía en el alto comisionado británico, con los almohadones construía las murallas de Jerusalem, mientras que las cucharas, a las órdenes del tigre, eran elevadas al rango de macabeos o tropas de Bar Kojba.

Más o menos a media mañana, la tía Grete me daba un jugo de frambuesa espeso, pringoso, en una taza mucho más pesada que las de casa. A veces se recogía con cuidado el bajo del vestido y se sentaba a mi lado en la alfombra: me hacía todo tipo de ruiditos, muecas y mimos que siempre acababan con un montón de besos pegajosos de mermelada. A veces me dejaba aporrear un poco –¡con cuidado!– el piano. Si me terminaba todo lo que mi madre me había preparado en la bolsa, la tía Grete me recompensaba con dos onzas de chocolate o dos figuritas de mazapán. Las persianas de su habitación estaban siempre bajas para evitar los rayos del sol. Las ventanas estaban cerradas por las moscas. Y las cortinas de flores estaban corridas, pegadas la una a la otra como un par de piernas recatadas, para proteger la intimidad.

A veces, la tía Grete me ponía los zapatos y una pequeña gorra caqui con una visera dura como la de un policía inglés o un conductor de autobuses. Luego me miraba de arriba abajo, me abrochaba bien los botones de la camisa, se chupaba un dedo y me quitaba los restos de chocolate o mazapán de la boca, luego se ponía su sombrero redondo de paja, que le tapaba media cara pero resaltaba la redondez de su cuerpo. Y, después de todos esos preparativos, salíamos dos o tres horas «a ver cómo está el mundo».

CAPÍTULO 31

Desde el barrio de Kerem Abraham se podía llegar al gran mundo en el autobús 3A, que paraba en la calle Sofonías, al lado de la guardería de la señora Jasia, o también en el autobús 3B, que paraba al otro extremo de la calle Amós, en la calle Gueulá esquina Malaquías. El gran mundo se extendía a lo largo de la calle Yafo, King George en dirección Ratisbona y la sede de la Agencia Judía, en Ben Yehuda y alrededores, en la calle Hillel, la calle Shamai, en torno al cine Studio y el cine Rex, que estaban al final de la calle Princesa Mary, y subiendo la calle Julian que llevaba al hotel Rey David.

En el cruce donde se unen las calles Julian, Mamila y Princesa Mary, había siempre un diligente policía con pantalones cortos y brazaletes blancos. Ese policía reinaba con mano firme en una diminuta isla de cemento cubierta por una especie de gran paraguas de latón. Encima de la isla, el policía dirigía el tráfico, era una divinidad omnipotente armada con un agudo silbato, su izquierda paraba y su derecha ponía en marcha. Desde ese cruce, el gran mundo se ramificaba y continuaba hacia el centro del comercio judío, a los pies de las murallas de la Ciudad Vieja, y a veces sus ramificaciones llegaban hasta las zonas árabes de los alrededores de la Puerta de Damasco, a la calle Sultán Sulimán e incluso al mercado de intramuros.

En cada viaje, la tía Grete me arrastraba a tres o cuatro tiendas de ropa de mujer, y en cada una le gustaba probarse y quitarse y volverse a probar en la penumbra del probador varios vestidos elegantes, y todo tipo de faldas, blusas, magníficos camiones y batas de colores que ella llamaba negligées. Una vez también se probó una piel, y los ojos atormentados del zorro muerto me aterraron. La cara del zorro me impresionó, porque me pareció intrigante y perversa, pero al mismo tiempo desgraciada y desgarradora.

La tía Grete se ocultaba una y otra vez en el seno del probador, de donde, al cabo de lo que me parecían siete años de escasez, salía de nuevo radiante. Esa Afrodita culona resurgía de la espuma de las olas una y otra vez, aparecía tras la cortina con una nueva reencarnación aún más abigarrada y resplandeciente que la anterior. En honor a mí, al vendedor y al resto de los presentes, la tía Grete daba

unas vueltas sobre sí misma frente al espejo: a pesar de sus pesados muslos, disfrutaba ofreciéndonos piruetas coquetas y delicadas, y nos preguntaba a cada uno por separado si le quedaba bien, si le favorecía, si hacía juego con el color de sus ojos, si era adecuado para ella, si no la hacía gorda, si no era vulgar o un poco escandaloso. Y se ruborizaba, y como le daba vergüenza ruborizarse se ponía el doble de roja, hasta que las mejillas y el cuello adquirían un tono casi morado. Al final le aseguraba al vendedor, con promesas de todo tipo, que volvería con toda seguridad ese mismo día, enseguida, por la tarde, al atardecer, después de echar un vistazo a las otras tiendas. O como muy tarde al día siguiente.

Por lo que recuerdo, jamás volvió a ninguna de esas tiendas. Todo lo contrario: tenía mucho cuidado de no volver a una tienda hasta que no hubiesen pasado al menos unos meses desde su anterior visita.

Y jamás compró nada: todos esos viajes en los que le serví de acompañante, consejero y confidente, todos sin excepción acababan con las manos vacías. Puede que no tuviera suficiente dinero. Puede que los probadores cubiertos con cortinas en las tiendas de ropa de mujer diseminadas por las calles de Jerusalem fueran para la tía Grete, a fin de cuentas, lo que para la princesa ajada era el palacio encantado que yo le construía con cubos en un extremo de la alfombra.

Hasta que una vez, un día invernal de ventisca que arremolinaba montañas de hojas secas sobre un velo de luz gris, la tía Grete y yo llegamos de la mano a una tienda grande y elegante, puede que estuviera en algún barrio árabe cristiano. Como siempre, la tía Grete se amparó, provista de olas de camiones de algodón y vestidos estampados, en el secreto del probador. Antes de ocultarse me dio un beso gelatinoso y me pidió que la esperara sentado en un taburete enfrente de su celda de aislamiento, que estaba cubierta por una gruesa cortina oscura: Y prométeme que no te moverás de aquí, espera aquí tranquilo, y no hables por nada del mundo con ningún extraño hasta que la tía salga aún más guapa, y si eres bueno, la tía te dará una pequeña sorpresa, ¿adivinas lo que es?

Mientras estaba sentado esperándola, triste pero sumiso y obediente, de pronto pasó delante de mí, taconeando a paso rápido, una niña pequeña disfrazada como para la fiesta de Purim o simplemente de tiros largos: era más pequeña que yo, que tenía tres años y medio (o puede que ya casi cuatro). Y por un engañoso instante

me pareció que los labios de esa niña estaban pintados con carmín, ¿pero cómo era posible? Le habían puesto pechos de mujer, pechos de verdad, con canal. La forma de sus caderas no era de niña sino de violín. Sobre sus pequeñas piernas se podían ver unas medias de nailon con costura. Esas medias semitransparentes terminaban en un par de zapatos rojos de tacón y con punta. Nunca había visto a una niña-mujer así: demasiado pequeña para ser una mujer y demasiado arreglada para ser una niña. Por tanto, me levanté aturdido y fascinado y empecé a andar detrás de esa niña, hechizado y alucinado, para ver lo que había visto, o mejor dicho, lo que apenas había entrevisto, pues la niña había salido de entre las perchas de las faldas que estaban detrás de mí y pasado muy deprisa. Quería verla de cerca. Quería que ella me viera. Quería hacer o decir algo que la impresionara: ya tenía ensayadas en mi repertorio dos o tres actuaciones con las que conseguía sacar a los adultos exclamaciones de admiración, y una o dos más que funcionaban bien con los niños, y sobre todo con las niñas pequeñas.

La niña disfrazada revoloteaba ligera entre los estantes repletos de rollos de telas y se dirigió hacia uno de los pasadizos, semejantes a túneles cerrados por ambos lados por altos troncos llenos de vestidos. Eran troncos muy cargados cuyas ramas casi se inclinaban por el peso del multicolor follaje textil. A pesar de su peso, esos grandes troncos eran capaces de girar sobre su eje con un ligero toque.

Era un mundo femenino: una espesura de caminos cálidos, oscuros, olorosos y densos, un profundo laberinto aterciopelado, sedoso y cautivador que se ramificaba en innumerables senderos atestados de ropa. Un olor a lana, a naftalina y franela se mezclaba allí con un tenue eco de esquivos efluvios de perfume que flotaban en las profundidades de una selva de vestidos, sweaters, camisas, faldas, fulares, pañuelos, chales, lencería, albornoces, corpiños, ligueros, enaguas, camisones, chaquetas, guardapolvos, abrigos, abrigos de piel y un susurro de seda que sonaba como una suave brisa marina.

Aquí y allá, por el camino, se abrían ante mis ojos pequeñas alcobas oscuras tapadas por oscuras cortinas. Aquí y allá, en un extremo de los tortuosos túneles, hacía guiños una débil bombilla de sombras. Aquí y allá, de los pasadizos, salían senderos dobles sombríos, hornacinas, estrechos y sinuosos caminos selváticos,

nichos, cámaras selladas y todo tipo de armarios, anaqueles y repisas. Y también había muchos ángulos inaccesibles con cortinajes y gruesos biombos.

Los pasos de la niña de los tacones eran muy rápidos y seguros, tac tac tac tac (y yo, enfervorecido, oía: «ataca ataca ataca», y también con sarcasmo: «vas en tacatata, en tacatata»), no eran pasos de una niña pequeña y, a pesar de todo, habría podido asegurar, al verla de espaldas, que sin duda era más baja que yo. Deseaba encontrarla. Anhelaba con todas mis fuerzas, a cualquier precio, hacer que sus ojos se abrieran como platos de admiración.

Aceleré el paso. Casi corrí tras ella. Con la cabeza llena de cuentos sobre princesas a las que caballeros como yo iban al galope a salvar de las fauces de un dragón o de los encantamientos de malvados hechiceros. Debía alcanzarla: ver de cerca esa cara de ninfa de los bosques, quizás salvarla un poco, matar por ella a un dragón o dos, ganarme su eterna gratitud. Temía perderla para siempre en la oscuridad del laberinto.

Pero no tenía forma alguna de saber si la niña que se retorció con agilidad en ese bosque de árboles de ropa se había percatado o no de que un valiente y decidido caballero iba tras ella, siguiéndole los pasos, alargando cada vez más sus pequeñas zancadas para no quedarse atrás. Si se había percatado, no daba ninguna muestra de ello: ni una sola vez se volvió hacia mí. Ni una sola vez miró atrás.

Y, de repente, la pequeña hada se sumergió, se dio la vuelta, se agachó bajo un árbol de impermeables lleno de ramas, se la oyó durante un instante y de pronto desapareció de mi vista dentro de la penumbra del espeso follaje.

En ese mismo instante, me inundó una ola de valor impropio de mí, el coraje caballeresco me electrizó todos los miembros del cuerpo y, sin ningún temor, me lancé tras ella, alcancé el final del camino impulsándome entre las ramas de ropa. Con los movimientos largos y potentes del que nada contracorriente, caí directamente dentro de la espesura y tracé un tortuoso sendero entre los crujientes tejidos. Y así, sin aliento y emocionado, irrumpí –casi de bruces– en una especie de claro oscuro. Allí decidí que esperaría cuanto hiciera falta a la pequeña ninfa de los bosques, cuyo movimiento cercano e incluso la dulzura de su aliento me pareció sentir entre el follaje. Arriesgaría mi vida por ella y saldría con las manos vacías a enfrentarme al hechicero que la tenía prisionera en su sótano. Vencería al monstruo, cortaría la cadena de hierro de sus manos y sus pies, la pondría en libertad y me

mantendría a distancia, inclinando la cabeza con muda humildad y esperando mi recompensa, que no tardaría en llegar: sus lágrimas de gratitud, tras las cuales no sabía lo que ocurriría, pero sabía que ocurriría algo y me desbordaría.

Diminuta, un polluelo, una espalda frágil de cerilla, casi una recién nacida: tenía unos rizos castaños, abundantes, saltarines. Y unos zapatos de tacón rojos. Y un vestido de mujer con un escote que dejaba ver un pecho de mujer con un auténtico canal en el centro. Y unos labios carnosos, unos labios algo abiertos, pintados de rojo chillón.

Cuando por fin me atreví a levantar la vista hacia su rostro, apareció de repente entre sus labios una grieta malvada, burlona, una especie de sonrisa venenosa y sarcástica que dejó al descubierto unos dientes pequeños y afilados entre los que, de pronto, brilló una muela de oro. Una espesa capa de polvos con islas rojizas le cubría la frente y le blanqueaba las terroríficas mejillas, algo horadadas, hundidas como las de una vieja bruja malvada: parecía haberse puesto de pronto la cara del zorro muerto, una cara que me pareció intrigante y perversa, pero al mismo tiempo desgraciada, desgarradora.

Porque la niña escurridiza, el hada esquivada de piernas ligeras, la ninfa mágica a la que había perseguido como hechizado por las profundidades del bosque, no era una niña: no era un hada ni una ninfa de los bosques, sino una mujer grotesca, casi una anciana. Una enana. Un poco jorobada. De cerca recordaba a un cuervo de pico curvado y ojos gélidos. Era deforme, terrorífica, minúscula, arrugada, su viejo cuello estaba estriado y sus manos se abrieron de par en par dirigiéndose a mí, lanzando una especie de risa grave y aterradora, intentando tocarme para persuadirme y hacerme prisionero con aquellos dedos secos, huesudos, parecidos a las garras de un ave de presa.

En ese instante me di la vuelta y huí de ella sin aliento, espantado, sollozando, corrí, estaba demasiado petrificado como para alzar la voz, corrí sin detenerme, lanzando por dentro un grito sofocado, socorro, socorro, corrí a oscuras como enloquecido entre los túneles susurrantes, confundíendome, perdiéndome y enredándome en las profundidades del laberinto. Jamás en mi vida, ni antes ni después, he sentido un terror semejante: había descubierto su terrible secreto, que no

era una niña sino una bruja disfrazada de niña, y ahora nunca me dejaría salir con vida de su oscuro bosque.

Durante la carrera fui a dar, de repente, a una pequeña entrada, una especie de puerta de madera que no estaba cerrada ni abierta, y que de hecho no era una puerta de la altura de una persona sino sólo una puerta baja, como la entrada de la caseta de un perro: me deslicé hasta allí con mi último aliento y allí me escondí de la bruja, tan sólo me maldije por no haber cerrado la puerta de mi refugio, pero estaba paralizado por el miedo, demasiado aterrado como para salir ni un instante de mi escondite, demasiado petrificado como para alargar el brazo y cerrar la puerta.

Por tanto me acurruqué en el rincón de aquella caseta, que tal vez fuera sólo un desván, un hueco triangular cerrado bajo la escalera. Allí, entre tuberías de cobre oxidadas, valijas destrozadas y montones de telas apolilladas, encogido y acurrucado como un feto, con el brazo cubriéndome la cabeza y la cabeza metida entre las rodillas, deseando dejar de existir, intentando introducirme hacia dentro, hacia un útero propio, allí permanecí temblando, empapado en sudor, temiendo respirar, atento a no emitir el menor sonido, petrificado de miedo porque mi acelerada respiración me iba a delatar, pues era seguro que mi respiración se oía también desde fuera.

A cada momento me parecía oír el sonido de sus tacones, «muerte muerte muerte», acercándose a mí, ahí está, me persigue con su cara de zorro muerto, ahí está, ya está ahí y me atrapa, se agacha, me hace salir a la fuerza, me toca con esos dedos cuyo contacto es como el de una rana, me palpa, me hace daño, y de repente se lanzará sobre mí riéndose con esas muelas y me introducirá en la sangre un encantamiento terrible con el que también yo me convertiré de repente en un zorro muerto. O en una piedra.

Mil años después pasó alguien por allí. ¿Algún dependiente de la tienda? Contuve la respiración y apreté los puños temblorosos. Pero aquel hombre no oyó los latidos de mi corazón. Pasó de largo por delante de mi caseta y, sin darse cuenta, cerró por fuera la puerta del desván (que, de hecho, no era mucho más grande que un cajón grande), esa misma puerta que yo no tuve el coraje de cerrar desde dentro, alargando la mano y tirando de ella.

Ahora estaba encerrado. Para siempre. En un abismo de absoluta oscuridad. En el fondo del océano Pacífico.

En una oscuridad y un silencio así no había estado antes en toda mi vida, ni he vuelto a estar en todos los años transcurridos desde entonces. Porque no era la oscuridad de la noche, que normalmente es de un negro azulado oscuro y casi siempre se ven en ella resplandores que la perforan o la puntean, y hay estrellas, y hay luciérnagas, y hay faros lejanos que pasan, y hay una ventana de una casa en algún lugar, y hay todo lo que se ve en la oscuridad de la noche, donde siempre puedes deambular de un bloque de oscuridad a otro con ayuda de esos resplandores, esos bailes y esos centelleos, y siempre se puede intentar tocar una oscuridad de sombras, que son algo más negras que la propia noche.

Ahí no: ahí era el fondo de un mar de tinta.

Tampoco el silencio era el normal de la noche, ese tipo de silencio en cuyas profundidades siempre suena una bomba de agua lejana y los grillos hacen temblar la quietud, y hay coros de ranas y ladridos y el zumbido ronco de un motor y de mosquitos, y, de cuando en cuando, te taladra el llanto de un chacal.

Pero ahí estaba encerrado no en una noche viva y vibrante de color morado oscuro, sino en la oscuridad de la oscuridad. Y el silencio del silencio me envolvía, un silencio que tan sólo puede encontrarse en el fondo de un mar de tinta.

¿Por cuánto tiempo?

Hoy ya no hay a quién preguntar: Grete Ghat murió durante el asedio de la Jerusalem judía, en el año 1948. Un francotirador de la Legión jordana, un francotirador con un cinto negro de cuero cruzado sobre el pecho y una kefia de cuadros rojos y blancos le disparó una bala certera desde la academia de policía que estaba en la línea de alto el fuego. La bala, eso contaban en el barrio, entró por el oído izquierdo de la tía Grete y le salió por el ojo. Hasta hoy, cuando intento imaginarme su cara, ese ojo saltado me espanta.

Tampoco tengo hoy ninguna forma de saber en qué parte de Jerusalem estaba aquella tienda de ropa, llena de laberintos, grutas, nichos y caminos forestales, de

hace unos sesenta años. ¿Sería una tienda árabe? ¿O armenia? ¿Y qué habrá allí ahora? ¿Qué habrá sido de los bosques y los túneles sinuosos? ¿Y de los nichos de detrás de los biombos, de las estanterías y los probadores? ¿De la caseta donde fui enterrado en vida? ¿De la bruja disfrazada de ninfa de los bosques, aquella a la que perseguí y de la que huí aterrado? ¿Qué habrá sido de mi primera seductora, que me arrastró hasta la red del laberinto y me condujo al escondrijo donde accedió a mostrarme su cara, que al contacto con mi mirada se convirtió para mí en una monstruosidad?: una cara de zorro muerto, una cara perversa e intrigante, pero al mismo tiempo desgraciada, desgarradora.

Es posible que la tía Grete, cuando se dignó por fin a salir de nuevo de su crisol, con un vestido de flores deslumbrante, se asustara al no encontrarme esperándola en el lugar donde me había dejado, en el taburete de mimbre frente al probador. Seguro que se estremeció y se puso roja y más roja hasta adquirir una tonalidad casi morada: ¿Qué le ha pasado al niño? Casi siempre es responsable y obediente, es un niño muy prudente, no es ningún aventurero ni muy valiente que digamos.

Es de suponer que al principio la tía Grete intentó encontrarme por sus propios medios: tal vez pensó que el niño había esperado, que se había aburrido y estaba jugando al escondite con ella para castigarla por haber desaparecido durante tanto rato. ¿Se habrá escondido, el pilluelo, detrás de las estanterías? ¿No? ¿Entre los abrigos? ¿O estará mirando fijamente los maniqués de chicas medio desnudas? ¿Se habrá escabullido para observar desde la vidriera a los peatones? ¿O sencillamente habrá ido él solo a buscar los servicios? ¿O una canilla para beber agua? Es un niño inteligente, un niño muy responsable, no se puede negar, pero..., algo despistado, desorientado, inmerso en sueños de todo tipo, siempre soñando con las historias fantásticas que le cuento yo y que se cuenta a sí mismo. ¿Habrá salido solo a la calle? ¿Se habrá asustado pensando que me he olvidado de él y ahora estará vagando desesperado, buscando el camino de vuelta a casa? ¿Y si ha llegado un desconocido, le ha tendido la mano y le ha ofrecido todo tipo de maravillas? ¿Y si el niño se ha dejado convencer? ¿Y se ha ido? ¿Con un desconocido?

Cuando la preocupación de la tía Grete fue en aumento, ya no se puso roja sino todo lo contrario, palideció y empezó a temblar como si tuviese escalofríos. Al final, seguro que alzó la voz, empezó a llorar amargamente y todas las personas de la tienda, dependientes y clientes, acudieron en su ayuda y empezaron a peinar la zona y a buscarme. Puede que gritaran mi nombre, rastrearán los caminos del laberinto, examinarán en vano los senderos del bosque. Y como al parecer era una tienda árabe, es de suponer que un montón de niños algo mayores que yo fuesen enviados a explorar por los alrededores, por las callejuelas, los pozos, el olivar vecino, el patio de la mezquita, el pastizal de la ladera, los pasadizos que conducían al zoco.

¿Habría teléfono allí? ¿Telefonaría la tía Grete a la farmacia del señor Heinemann en la esquina de la calle Sofonías? ¿Conseguiría sobresaltar a mis padres con la terrible noticia? Parece ser que no, porque en ese caso mis padres me lo habrían recordado continuamente, durante años me lo habrían estado recordando, al menor signo de desobediencia habrían blandido delante de mí el breve pero terrible momento de dolor y la angustia que el niño loco les había hecho pasar, y cómo en una o dos horas sus cabellos se habían vuelto casi blancos.

Recuerdo que no grité en aquella total oscuridad. No emití ningún sonido. No intenté mover la puerta cerrada ni la golpeé con mi pequeño puño: puede que aún temblara de miedo por si la bruja con cara de zorro muerto seguía olfateando mis huellas. Recuerdo que ese miedo se fue transformando allí, en el fondo de aquel mar silencioso de tinta, en una extraña dulzura: estar allí era un poco como estar acurrucado junto a mamá bajo una cálida manta mientras ráfagas de frío y oscuridad tocaban el cristal de la ventana por fuera. Y un poco como jugar a ser un niño sordo y ciego. Y un poco como estar liberado de todos. Del todo.

Esperaba que pronto me encontraran y me sacaran de allí. Pronto, pero no de inmediato.

E incluso tenía allí un objeto pequeño y sólido, una especie de caracola redonda de metal, pulida y agradable al tacto, cuyo tamaño se adaptaba perfectamente a mi mano y cuyo contacto causaba placer y alegría a mis dedos cerrados sobre ella: tocaban, acariciaban, presionaban y se relajaban un poco, y a veces tiraban –sólo un poco– de la punta del fino y flexible inquilino que se ocultaba dentro, parecía la cabeza de un caracol que se asomaba un momento, curiosa, serpenteaba y volvía a introducirse enseguida en el refugio de su caparazón.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Era una tira fina y flexible de metal enrollada por completo dentro de una caja metálica (una cinta métrica). Me entretuve con esa caracola durante bastante tiempo en la oscuridad, tirando, extendiendo, alargando, soltando de repente y haciendo así que la serpiente de acero saltara como un rayo de vuelta a su escondite, entonces la caja la absorbía por completo dentro de su panza, acogiéndola y recibéndola con un ligero estremecimiento final, la vibración de un clic que tanto agradaba a mi mano cerrada sobre la caracola.

Y de nuevo sacar, liberar, tensar, y en esa ocasión lancé a la serpiente metálica, todo lo larga que era, hacia el abismo del espacio oscuro, tocaba con ella los confines de las tinieblas, oía el crujir de sus delicadas articulaciones mientras se iba tensando y su cabeza se iba alejando del caparazón. Al final dejé que volviera a casa lentamente, soltando un poco y deteniéndola, soltando un poco más y volviendo a detenerla, intentando adivinar – porque no veía nada, absolutamente nada– cuántos débiles pak pak más se oirían hasta el tlak definitivo de la cerradura final que señalaría la desaparición de la serpiente, desde la cabeza hasta la punta de la cola, en lo más recóndito del vientre del que le había permitido salir.

¿Cómo había llegado de pronto a mis manos esa buena caracola? Ya no recuerdo si la había capturado por el camino, durante mi viaje caballeresco, en algún recodo del laberinto, o si la había encontrado a tientas dentro de aquella caseta, después de haber sido sellado el sepulcro.

Es de suponer que la tía Grete sopesó la situación y decidió que, desde todos los puntos de vista, era preferible no informar a mis padres. Seguramente pensó que ya no tenía ningún sentido preocuparlos, cuando todo había terminado bien y sin desgracias. Puede que temiera que la consideraran una niñera irresponsable, y perder así una fuente de ingresos modesta pero segura y necesaria.

La tía Grete y yo nunca volvimos a mencionar, ni siquiera con alusiones, la historia de mi muerte y resurrección en la tienda de ropa árabe: ni una sola palabra. Ni un guiño de complicidad. A lo mejor esperaba que con el tiempo se desvaneciera el recuerdo de aquella mañana y ambos acabásemos pensando que ni siquiera había sucedido, que había sido un mal sueño. Es posible que también se avergonzara un poco de sus extravagantes excursiones a las tiendas de ropa: desde aquella mañana invernal no volvió a hacerme partícipe de sus pecados. Incluso puede que, gracias a

mí, consiguiera desengancharse un poco de su pasión por los vestidos. Al cabo de unas semanas o de unos meses fui separado de la tía y enviado a la guardería de la señora Penina Shapira, en la calle Sofonías. Sólo las notas del piano de la tía Grete siguieron oyéndose durante años, a lo lejos, al atardecer, graves, persistentes y solitarias, por encima de los demás sonidos de la calle.

No fue un sueño: los sueños se desvanecen con el paso del tiempo y dejan su lugar a otros sueños, mientras que aquella bruja enana, la niña vieja, la cara de zorro muerto, aún se ríe de mí con sus dientes afilados y su muela de oro.

Y no sólo la bruja: también la caracola que hallé en el bosque, la caracola que oculté a mi padre y a mi madre y que a veces, cuando estaba solo, me atrevía a sacar para jugar con ella bajo la manta, haciendo que la cinta saliera y se metiera otra vez como un rayo en lo más profundo de su guarida.

Un hombre moreno con dos grandes bolsas bajo sus ojos bondadosos, un hombre ni joven ni viejo, con un metro verde y blanco de sastre en el cuello que le caía a ambos lados sobre el pecho. Sus movimientos parecían algo cansados. Su cara morena y ancha estaba adormecida, y una sonrisa tímida se encendía por un instante y de inmediato se ocultaba bajo el bigote canoso y mórbido. Aquel hombre se inclinó hacia mí y me dijo algo en árabe, algo que no entendí pero que, a pesar de todo, traduje en mi interior: Niño, no tengas miedo, ahora ya no tengas miedo.

Recuerdo que llevaba, el hombre que me salvó, unas gafas cuadradas para vista cansada con la montura marrón, unas gafas que no le pegaban a un dependiente de una tienda de ropa femenina sino, tal vez, a un carpintero corpulento y entrado en años que camina refunfuñando y arrastrando los pies, con una colilla apagada entre los labios y un metro viejo asomándole por el bolsillo de la camisa.

Aquel hombre me miró un instante, no a través de las lentes de las gafas, que se le habían deslizado por la nariz, sino por encima de las gafas. Y después de estudiarme bien y de ocultar otra sonrisa u otro esbozo de sonrisa tras su bigote recortado, asintió dos veces, o tal vez tres, alargó el brazo y con su cálida mano envolvió mi mano fría de miedo, como calentando a un polluelo a punto de congelarse, y así me sacó de aquel cajón de oscuridad y de pronto me levantó por los aires y me apretó con fuerza contra su pecho, y yo empecé a llorar.

Cuando aquel hombre vio mis lágrimas acercó mi mejilla a su mejilla ancha y flácida y dijo con su voz grave, polvorienta y agradable, una voz que recordaba un camino de tierra sombrío en medio del campo al atardecer, en el hebreo de los árabes, pregunta, respuesta y conclusión:

–¿Todo bien? Todo bien. Estupendo.

Me llevó en brazos hasta la oficina, al fondo de la tienda, donde el aire estaba impregnado de un fuerte y penetrante olor a café, tabaco y tejidos de lana y también del olor de la loción de afeitar del hombre que me había encontrado, distinto al de mi padre, mucho más amargo y pleno, un olor como el que me habría gustado que tuviera también mi padre. El hombre que me encontró empezó a decir a todos los presentes unas palabras en árabe, pues en la oficina había personas de pie y sentadas entre nosotros y la tía Grete, que estaba llorando en un rincón de la habitación, y también le dijo una frase a la tía Grete, que se ruborizó mucho, y mientras, con movimientos largos, lentos y responsables, como un médico que palpa para descubrir el lugar exacto del dolor, mi hombre me llevó hasta los brazos de la desconsolada tía.

A pesar de que yo no quería estar en sus brazos. Aún no. Sólo quería seguir un rato más pegado al pecho del hombre que me había salvado.

Después siguieron hablando durante un rato, los demás, no mi hombre, mi hombre no habló más, sólo me acarició la mejilla, me dio dos palmadas en el hombro y se fue. Quién sabe cómo se llamaba. ¿Estará aún vivo? ¿En su casa? ¿O en el polvo y la miseria de algún campo de refugiados?

Después volvimos en el autobús 3A. La tía Grete se lavó la cara y también me la lavó a mí, para que no se notara que habíamos llorado. Me dio una rebanada de pan con miel, arroz blanco en un plato hondo y un vaso de leche templada, y para terminar, dos figuritas de mazapán. Luego me quitó la ropa, me acostó en su cama, me hizo un montón de cariñitos que terminaron con besos pegajosos, me tapó y dijo: Duerme, duerme un poco, mi querido niño. Puede que pretendiera borrar así las huellas de lo ocurrido. Puede que esperara que me durmiera y me despertara de la siesta pensando que todo lo que me había pasado había sido sólo un sueño y no se lo contara a mis padres, o, si se lo contaba, poder sonreír y decir que al mediodía

siempre tenía sueños fantásticos, sueños que alguien debería escribir y publicar en un libro con bonitas ilustraciones en color, un libro con el que todos los niños disfrutarían.

Pero no me dormí, me quedé en silencio bajo la manta, jugando con mi caracola metálica.

Jamás les conté a mis padres lo de la bruja ni lo del fondo del mar de tinta, tampoco lo del hombre que me salvó: no quería que me prohibieran tener la caracola. Tampoco sabía cómo explicarles de dónde la había sacado. ¿Qué podía hacer, decirles que era un recuerdo del sueño que había tenido? Y si les contaba la verdad se enojarían muchísimo con la tía Grete y conmigo: ¡Cómo es posible! ¡Su Alteza! ¡Un ladrón! ¿Es que Su Excelencia ha perdido el juicio?

Y de inmediato me llevarían allí y me obligarían a devolver mi caracola y a pedir perdón.

Y después vendría el castigo.

Por la tarde vino mi padre a recogerme a casa de la tía Grete. Al llegar dijo, como de costumbre: «Su Excelencia parece algo pálido hoy. ¿Ha tenido un día difícil Su Excelencia? ¿Sus barcos se han hundido en el mar? ¿O sus palacios han caído en manos del enemigo?».

No respondí, a pesar de que por supuesto tenía con qué humillarlo: por ejemplo, podía haberle revelado que, además de él, desde esa mañana tenía otro padre. Árabe.

Mientras me ataba los zapatos bromeó un poco con la tía Grete, según su forma habitual de cortejar a las mujeres sirviéndose de palabras ingeniosas o hablando sin parar para evitar cualquier atisbo de silencio momentáneo. Durante toda su vida mi padre tuvo terror a los silencios. Se consideraba responsable de que la conversación se mantuviera viva, y siempre se sentía culpable, incluso un fracasado, si la conversación languidecía aunque sólo fuera un instante. Por tanto, empezó a recitarle a la tía Grete lo siguiente, más o menos:

«Debo jurar/ que no es ninguna treta/ querer con Greta/ coquetear».

Incluso llegaba más lejos y le decía:

«Greta, Greta querida,/ por ti en mi corazón/ hay una herida».

La tía Grete se ruborizaba al instante y, como le daba vergüenza ruborizarse, se ponía el doble de roja, su cuello y sus mejillas se llenaban de sangre morada como una berenjena, pero a pesar de todo lograba murmurar:

–De verdad, de verdad, basta ya, señor Klausner –pero sus piernas asentían ligeramente, como si anhelaran hacer una pequeña pirueta en su honor.

Esa tarde, mi padre me llevó a hacer una larga y detallada visita a los vestigios de la cultura inca: entusiasmados y sedientos de saber, devoramos juntos mares y montañas, atravesamos ríos y estepas sobre el gran atlas alemán. Con nuestros propios ojos vimos las ciudades misteriosas y los restos de los templos y santuarios en la enciclopedia y también en las páginas de un libro ilustrado. Mi madre estuvo toda la tarde leyendo en el sillón, sentada sobre las piernas dobladas. En la estufa de kerosene ardía una llama silenciosa de un color azul intenso.

Y, de vez en cuando, el silencio de la habitación era acentuado por el ligero murmullo de las burbujas de aire al pasar por las venas de la estufa.